

defendemos con unánime y ardiente celo. Luego nadie puede menos de reconocer y confesar la suprema é infalible autoridad del Romano Pontífice, para declarar y definir desde la Cátedra de San Pedro cuantas verdades de fé y de costumbres crea. El mismo necesario definir, como Doctor y Maestro que es de la universal Iglesia.

Así lo creéis vosotros, amados hijos nuestros, á quienes van dirigidas estas palabras; y por eso profesáis la verdad que nos enseña el Catecismo de la doctrina cristiana, donde nos dice: que el Papa es el Sumo Pontífice de Roma, Vicario de Cristo en la tierra, á quien todos estamos obligados á obedecer. Enseñad esta misma doctrina á vuestros hijos, para que se transmita á ellos nuestra Religión pura y santa, cual vosotros la heredásteis de vuestros mayores. Dedidles que, prescindiendo de esos apodos con que hoy se moteja á los que se muestran celosos defensores de los derechos de la Iglesia, no reconozcan mas distinciones y denominaciones que las de católico ó no católico, CATÓLICO, el que acata y obedece las definiciones del Romano Pontífice, y de consiguiente, las comprendidas en la Encíclica *Quanta cura*, y en el *Syllabus*, que la acompaña. No Católico, aquel que rehúsa su asentimiento explícito y sincero á cualquiera de las proposiciones contradictorias á las proscribas en dichos documentos.

Así lo enseñarán nuestros párrocos á sus feligreses, leyéndoles esta nuestra instrucción al ofertorio de la misa parroquial en el primer día festivo después de su recibimiento; asegurándoles al propio tiempo, que desde el fondo de nuestra alma les enviamos la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo, con toda la sinceridad y efusión que nos inspira el amor que les profesamos.

Dada en nuestro Palacio Arzobispal de Burgos, hoy Dominica de Septuagésima, día 28 de Enero de 1866.—FERNANDO, CARDENAL DE LA PUENTE, Arzobispo de Burgos.—POR MANDADO DE S. E. MA. EL CARDENAL ARZOBISPO, MI SEÑOR, Dr. D. Félix Martínez, canónigo secretario.

LA ENVIDIA.

Sin preámbulo de ningún género, entramos desde luego en materia. En nuestra opinión, el exordio mas corto es siempre el mas aceptable.

La envidia, dice San Agustín, es el odio de la felicidad ajena. Es un vicio verdaderamente horrible, inhumano, y hasta feroz; no odia ni puede odiar el mal, solo odia y solo puede odiar el bien. La envidia es la negación de la caridad; vé la felicidad en el prójimo, y se llena de angustia; vé, por el contrario, la desgracia, y contemplándola, se llena de regocijo. La envidia, pues, es contraria á la humanidad; escluye por completo toda caridad y todo sentimiento benéfico. El envidioso se contrista y se indigna cuando contempla la felicidad ajena. En esto imita á Cain, que se llenaba de indignación solo por que Dios bendecía á su hermano Abel y aumentaba sus riquezas en premio de su virtud. El envidioso se alegra, por el contrario, del mal de sus semejantes. Por esto, hablando de los que tienen envidia, decía San Próspero que se regocijan con los males de los buenos; lloran cuando ven adelantar en los justos, y se llenan de alegría cuando encuentran calamidades y amarguras en los hombres que son sus hermanos, y á quienes miran como enemigos. El envidioso, no contento con esto, pasa mas adelante y procura ocultar el bien de sus semejantes, con el objeto de ver si destruye su fama por medio del silencio. Este vicio es muy general en nuestros días; se ha hecho célebre con el nombre de conspiración del silencio. Y, en efecto; con suma frecuencia observamos que esos hombres que se apellidan medianías envidiosas y rivalidades bullangueras, procuran como ponerse de acuerdo para impedir que el verdadero mérito sea premiado, que la verdadera virtud resplandezca, que los cargos públicos y las dignidades de la nación sean para las personas que en realidad las merecen.

Pero este mal no es de este tiempo, es de todos los tiempos; es, por desgracia, inherente á la flaca naturaleza humana.

El envidioso, aun no contento con esto, pasa mas adelante, y no solo oculta lo que haya de bueno en sus hermanos, sino que procura calumniarlo para hacerlo aborrecible, para desprestigiarlo, y aun para colmarlo de oprobio. San Basilio, hablando de esto, dice que los envidiosos imitan á los fariseos; y en verdad, que estos antiguos doctores del pueblo judaico, al ver que Jesús, para practicar la caridad no observaba una ceremonia legal, murmuraron de él, diciendo que no guardaba el sábado. ¡Que no guardaba el sábado, porque en él trabajaba para dar vista á los ciegos, para dar vida á los muertos, ó para llevar heridos, que encontraba abandonados en los caminos, sobre sus espaldas! ¡Que no santificaba el sábado quien así practicaba la caridad de una manera tan heroica! Pero ¿qué importaba esto al envidioso? La envidia todo lo pinta con horribles colores. Los fariseos ven que Jesús come con un publicano, y al momento murmuran contra él; dicen que es publicano, que trata con los pecadores; y que, como ellos, es pecador. ¡Insensatos! La envidia les había cubierto los ojos con una tupidísima venda, para que no viesen que el hombre mas pecador puede llegar á ser un gran Santo cuando recibe en su alma la gracia de Dios, que lo eleva sobre

los demás hombres por la práctica de las virtudes.

Pero hay mas. Veían los fariseos que Jesús lanzaba á los demonios, y no pudiendo explicar esto de otra manera, y no pudiendo saciar su envidia, decían que solo por la virtud de Belcebú, que solo con el auxilio del príncipe de los demonios, podía hacer Jesús tan estupendas maravillas. Y esto no puede sorprender á nadie. El envidioso no discute de otra manera; la fecundidad de su entendimiento solo se ejercita en explicar lo bueno de una manera mala.

La envidia, además, procura impedir que se haga el bien, y esto, ó suscitando dificultades al hombre virtuoso, ó murmurando contra él para desprestigiarle, ó calumniándole para que sus palabras no sean oídas ni tengan autoridad.

Por fortuna, esto está sucediendo desde el principio del mundo, y Dios, que está en lo alto del cielo, sabe exaltar al inocente premiando su justicia, y confundir al envidioso castigando su envidia.

San Bernardo, hablando de la envidia, dice que vá acompañada siempre de cinco abominables vicios. La envidia, dice, engendra el odio, se alegra del mal del prójimo, siente el bien de sus semejantes, murmura en secreto, calumnia en público, y siempre está preparada á tender lazos debajo de los pies del inocente para causar su ruina. El envidioso, añade el melifluido doctor, sigue un camino enteramente opuesto á los caminos del cielo.

Así como Dios saca bienes del mismo mal, el envidioso, siguiendo opuesto rumbo, saca males aun de los mismos bienes.

La envidia ha sido y es causa de muchos males, y aun de horribles calamidades.

En el libro de la Sabiduría, capítulo II, versículo 24, se nos dice que por envidia del diablo entró la muerte en el mundo.

Y en el libro de los Proverbios, cap. XXIII, vers. 6, se nos dice: «No comas con el hombre envidioso, y no desees de sus manjares: te dirá come y bebe, y su alma no estará contigo.»

¡Qué pintura tan exacta del corazón del envidioso! ¡Cómo se vé resaltar aquí su hipocresía, su odio y su sed de venganza! ¡Cómo se pone aquí de relieve esa alegría feroz que inunda el pecho de los envidiosos al contemplar la desgracia ajena!

San Cipriano describe al envidioso en los siguientes términos: «Su rostro, dice, es amenazador, siniestro su aspecto, livido su semblante, tiemblan sus labios, rechinan sus dientes, sus palabras son palabras de ira, su lenguaje es desenfrenado; se abren sus manos, se crispan sus miembros, su alma entera parece agitada por la convulsión de la furia.»

San Lorenzo Justiniano, examinando lo que es la envidia, dice: «Es una enfermedad de todo punto incurable; no se aplaca con los halagos; no se ablanda con los obsequios; no se somete á la razón: por el contrario, así como la llama aumenta cuando se le arroja combustible, del propio modo el envidioso aumenta, y aun enciende mas y mas su envidia, á medida que se le hacen beneficios.»

La envidia multiplica sus iras con el aspecto de la virtud. El envidioso, dice San Próspero, usa malamente de los bienes, porque todos los bienes que vé son para él un verdadero suplicio. ¿Y quién podrá ayudar al hombre que se atormenta á sí mismo, convirtiéndose por su envidia en su propio verdugo? ¿Quién podrá dar la salud á quien, á causa de la envidia que arde en su pecho, usa mal de la salud, y en la misma medicina encuentra el veneno?

Nada hay, dice San Cénen, mas peligroso que la enfermedad que procede de la amarguisima fuente de la envidia. Los hombres que fundan su enemistad en hechos ó injurias de otra índole, podrán reconciliarse; pero los que están separados por la envidia, jamás serán amigos. La envidia es una enfermedad que, lejos de mitigarse, se aumenta, se enfurece, recibiendo beneficios. La envidia, lejos de entibiar ó calmar su furia, la multiplica materialmente á medida que recibe pruebas de amistad ó que halla testimonios de virtud ó mérito en la persona que es objeto de su encono.

Los envidiosos, dice San Juan Crisóstomo, son peores que las fieras, é iguales, y quizá mas malos que los mismos demonios. Las fieras, en efecto, se dirigen contra nosotros, cuando los irritamos, para vengarse, ó cuando tienen hambre para saciar su necesidad; pero el envidioso, sin tener hambre, y aun sin necesidad de venganza, se irrita contra nosotros, solo por el placer de irritarse; se enfurece contra nosotros, solo por odio á nuestra dicha, y quisiera destruirnos, solo por el inhumano placer de despojarnos de nuestra felicidad. Los mismos demonios nos hacen guerra á muerte; pero ellos á sí mismos, unos á otros, no se hacen daño. Los envidiosos, por el contrario, no respetan ni aun á sus iguales; á todos quisieran igualmente verlos sumidos en la miseria.

La envidia, dice San Cipriano, no solo atormenta á muchos, si no es que se cebaba en los mas virtuosos, en los de mayor ingenio, en los hombres que mas útiles pudieran ser á la sociedad y á la Iglesia.

La prosperidad ajena, añade San Cipriano, es suplicio para el envidioso; y en efecto, el envidioso no tiene bastante con ser feliz él mismo, sino que aspira á fundar su felicidad en la pena y en el infortunio de sus semejantes.

Nada, dice San Juan Crisóstomo, debe evitar con mas cuidado el cristiano, que el ser dominado por la envidia.

Huyamos, añade San Basilio, de tan intolerable vicio: es hijo de la serpiente; es invención del diablo; es impedimento de la piedad, camino para el infierno y privación del cielo.

Basta fijar nuestros ojos en el envidioso para leer en su semblante lo que se acaba de decir. Su aspecto es árido, su color livido, sus ojos indican tristeza, sus cejas parecen inclinadas; en toda su vida se nota confusión, disgusto, desabrimiento y falta de caridad.

Huye de la envidia, dice San Ambrosio, que no solamente hace infelices á otros, sino es que parece como que se complace en atormentar al mismo que se deja vencer por tan horrendo vicio.

Destruye la envidia, dice San Agustín, y será tuyo lo que yo tenga; acaba con la envidia, y será mio lo que tienes tú. ¡Qué dicha para el mundo si la envidia desapareciese del corazón de los hombres!

San Gregorio dice: «Es pequeño quien se deja vencer por la envidia, porque si no fuese hombre de escaso mérito, no trataría de destruir, ni aun de negar, el mérito de los que le rodean.»

¡Oh, envidia! dice San Crisóstomo, que siempre es enemiga del envidioso. Porque quien tiene envidia, se llena á sí mismo de oprobio. El envidiado, por el contrario, se colma de gloria.

La envidia, dice San Basilio, es la muerte de la vida, es la peste de la naturaleza, contraria á todos bienes que proceden de Dios, y aun opuesta á la misma voluntad del cielo.

La envidia, añade San Cipriano, es la raíz de todos los males, fuente de crueldad espantosa, semillero de horrendos delitos.

La envidia, dice San Gregorio, es un estímulo mortal, una daga oculta, una enfermedad de la naturaleza, una bilis venenosa, una mancha execrable, una amarga saeta asustada en secreto, una llama del corazón, un fuego, en fin, esterminador, que arde en las mismas entrañas. Quien tiene envidia, no es desgraciado por sus propios males, sino que se funda su desdicha en la contemplación de los bienes ajenos. El envidioso no se entristece por su angustia, sino es que se llena de amargura por no ver la angustia en sus semejantes.

¿Y qué consecuencias ha tenido en todo tiempo la envidia! San Bernardo dice que Lucifer, habiendo comprendido que por decreto de Dios el hijo del hombre debía tomar la naturaleza humana, por envidia á tanta dignidad, se hizo rebelde contra Dios, y cayó desde lo alto del cielo en lo mas hondo de los infiernos. Hasta en el Empireo produjo desastrosos efectos el infernal penado de la envidia.

En el libro I de los Reyes, cap. XVIII, se nos dice que Saul se llenó de envidia al oír las aclamaciones y bendiciones que recibía David al atravesar la ciudad Santa, después de haber destruido al gigante Goliath. Desde entonces, dice la Sagrada Escritura, desagrado David á Saul, y no podía mirarle con ojos rectos: desde entonces, Saul procuró destruir á David, se irritaba con los beneficios que de él recibía, olvidaba sus grandes hazañas, despreciaba sus virtudes, tenía en poco su felicidad, y procuraba asesinarlo por todos los medios imaginables.

En el Génesis, cap. XXVII, se nos dice que Esau odió siempre á su hermano Jacob, á causa de la bendición que habia recibido de su padre Isaac. Y dijo en su corazón Esau: «Vendrá después del luto de mi padre, y mataré á Jacob mi hermano.»

¡Oh, envidia cruel! Esau espera la muerte de su padre y quizá también la desea, solo por tener el placer de dar la muerte á su propio hermano.

En el Génesis, cap. XXVI, se nos refiere que los habitantes de Palestina tenían envidia á Isaac, porque habia sido bendecido por Dios, y que solo por esto, por hacerle daño, obstruían los pozos de los cuales sacaba el agua para su ganado.

En el mismo sagrado libro del Génesis, capítulo XXX, se refiere que los hijos de Jacob, por la envidia que tenían á sus hermanos, no podían ni aun hablarle con paciencia, y esto solo porque era el mas amado de su padre, porque habia recibido la bendición del cielo, porque parecia destinado por Dios para desempeñar una gran misión en la tierra.

Pero, ¡oh, altísimos designios de la divina Providencia! Los hijos de Jacob quieren destruir por envidia á su inocente hermano José: primero proyectan darle la muerte, y después se contentan con arrojarlo á una cisterna vieja, para que en ella perezca despedazado por el hambre. Mas tarde, quizá con el propósito de entregarse á los vicios con el producto de la sangre de su hermano, le venden á unos mercaderes de Ismael. Su intento era destruirlo, y cabalmente por este camino le llevaron á su encubramiento. José llegó á Egipto; desde Egipto á un gran palacio; desde un gran palacio á un lóbrego calabozo, y desde un lóbrego calabozo á lo mas encumbrado del poder y de la gloria.

Esto prueba que la envidia no logra jamás oponerse á que se realicen los designios de la divina Providencia. ¡Cuántas y cuántas veces sirve la persecución de la envidia de escala para la inocencia! ¡Cuántas y cuántas veces el odio del envidioso contribuye á demostrar la grandeza de alma, la magnanimidad de corazón, y la asombrosa prudencia del inocente envidiado! ¡Cuántas y cuántas veces la baba inmundada del envidioso, lejos de manchar al justo envidiado, lo purifica, lo enaltece y lo coloca en lo mas alto de la sociedad y de la gloria!

¡Ah! Convenzámonos de que la envidia, que es fecunda cuando atormenta al envidioso, tambien lo es, y mucho, cuando ciega los ojos de quien se deja dominar por ella, para que no vea el camino que sigue, y creyendo que busca la muerte, solo halla la exaltación y el triunfo de su enemigo.

MIGUEL SANCHEZ, presbítero.

LOS MORISCOS.

—Como ahora se suele hablar tanto, y con tanta ligereza, de lo que se apellida la crueldad y barbarie de los antiguos tiempos, bueno es que vayamos poco á poco dando á conocer lo que se hacia en los antiguos tiempos, para ver á qué se reduce la tan ponderada crueldad y barbarie.

Sabido es que en 1609 fueron espulsados de España los moriscos por el Rey D. Felipe III, hijo del gran monarca Felipe II. Con este motivo, se suele suponer que los 900.000 moriscos que fueron espulsados de España eran todos muy laboriosos, muy prudentes, muy pacíficos; en fin, la gloria, la riqueza y la felicidad única posible de nuestro país.

¡Cuánto se declama con motivo de la espulsión de los moriscos! ¡Cuán crueles fueron nuestros padres al realizarla! Por lo pronto, nuestros lectores comprenderán que los 900.000 moriscos espulsados debieron ser todos, sin duda alguna, muy laboriosos y muy robustos: entre ellos no habria niños ni ancianos, ni débiles, ni enfermos, ni flacos, ni ociosos, ni revoltosos, ni asesinos. Nada absolutamente; todos, absolutamente todos los 900.000 moriscos eran la flor y la nata de la humanidad. ¡Cuán ridícula es la crítica moderna!

Aparte esto, hagamos otra consideración, que no carece de importancia. Los pueblos ó las tribus, cuando tienen una civilización, la trasladan al país en que ellos son trasladados.

Los griegos, por ejemplo, vinieron á Italia y á España, y á España y á Italia trajeron su civilización. Los fenicios vinieron al África y á la Península ibérica, y al África y á la Península ibérica trajeron su civilización. Casi en nuestros propios días hemos visto miles, centenares de miles de ingleses que emigraban de la Gran-Bretaña á la América del Norte, y formaban la república de los Estados- Unidos. Aquellos emigrados tenían una civilización, la llevaban consigo, no la perdían al atravesar el Océano, y la trasplantaban, por decirlo así, ó la aclimataban en el nuevo territorio, sobre el cual se enseñoreaban. Esto prueba que la civilización es personal; que si el hombre es trabajador, donde quiera que esté, trabaja; que si el hombre es instruido, donde quiera que esté, instruye. Ahora bien: si los moriscos en España eran tan trabajadores, ¿por qué no han cultivado el Africa, en cuya region se establecieron? Si eran tan industriosos y tan instruidos, ¿por qué no han cultivado ninguna industria, por qué no han cultivado jamás la inteligencia en las costas de Argel y de Marruecos?

La razon es clara: porque los moriscos, ni eran amigos del trabajo, ni ejercían la industria, ni cultivaban la ciencia; eran solo tribus sediciosas y rebeldes; eran solo hordas de conquistadores, que tenían siempre en peligro la paz pública y la prosperidad en España. Pero somos poco amigos de declamaciones, y nos gustan mucho los hechos, los hechos ante todo.

En 1569, el viernes 24 de Diciembre, se alzaron los moriscos de la Taha, ó distrito de Ferreira, en el reino de Granada. Los cristianos, que eran pocos, y que temían, con gran razón, por su seguridad personal, al ver el levantamiento de los moriscos, se refugiaron en la torre de la iglesia con sus mujeres y sus hijos. Los moros les saquearon las casas, y entrando en la iglesia por una puerta pequeña, la robaron y destruyeron, y pusieron fuego á la torre, amenazando á los que se habian encastillado dentro con cruel muerte, si luego no se rendían. Hubo algunos animosos, que mostraban querer mas morir que verse en poder de aquellos infieles; otros, viéndose quemar vivos y oyendo las piadosas lamentaciones de sus mujeres é hijos, considerando que ninguna crueldad se podia usar con ellos mayor que la del fuego, y teniendo algunas esperanzas de que no les matarian, determinaron de rendirse, y al fin persuadieron á los demás á que se diesen á partido, con promesas de que no les harían otro daño sino tomarlos por cautivos. Habíase, pues, tardado en determinarse; el fuego fué creciendo cada hora mas, y ocupó la escalera de la torre, siéndoles forzado descargarse con sogas por la puerta de fuera, donde no habian aun llegado las llamas; el recibimiento que les hacían aquellos enemigos de Dios era desnudarlos en poniendo los pies en el suelo, y darles muchos patos y bofetadas; y atándolos las manos atrás, los llevaban á meter de piés en un cepo.

Al beneficiado Juan Diez Gallego, que residía en Pitres, y acertó á hallarse allí aquel día, mataron de una asateada, estando asomado á una ventana de la torre. Prendieron á los beneficiados Juan Vela y Baltasar de Torres, y á su padre y á otros muchos legos, y á las mujeres y niños que tuvieron lugar de poderse descolgar. Y cuando fué aplacada la llama, retirando las brasas, entraron dentro, y á todos los hombres que hallaron vivos los mataron; y por atormentar á los cristianos presos con pena y vituperio, les hicieron sacar de la torre los cuerpos muertos, y que, con sogas á los pescuezos, los llevasen arrastrando fuera del lugar y los echasen en un barranco; y después los mataron á ellos, sacándolos de cuatro en cuatro para que durase mas

la fiesta, llevándolos desnudos y descalzos, dándoles de pescozones y puñadas; poníanlos sentados por su órden en el suelo en una haza, y luego comenzaba su venganza. El que llevaba la soga con que iban los cristianos atados, era el primero que le heria; luego llegaban los otros y les daban lanzadas y puñadas, hasta que los acababan de matar.

Algunos entregaron á las moriscas antes que espirasen para que tambien ellas se regocijasen. Uno de ellos fué Juan de Cepeda, Háfíd de la seda, el cual en su martirio supo gozar de Dios, pues le majaron con piedras de almaradas. Mataron este dia tambien una morisca viuda, que habia sido mujer de un cristiano, llamada Inés de Cepeda, porque no quiso ser mora como ellos, y les decia que era cristiana y que no queria mayor bien que morir por Jesucristo. En esta constancia la degollaron, y dió el alma á su Criador, encomendándose muchas veces á la gloriosa Virgen Maria. No podian los desceidos llevar en paciencia que los cristianos, cuando se veian en aquel punto, se encomendasen á Dios y á su bendita Madre, y como herejes y malos, les decian: «Perros, Dios no tiene Madre,» y les herian cruelisimamente. Al beneficiado Baltasar de Torres le rogaron mucho que se tornase moro dos herejes llamados Pedro Ahmangui y Juan Pastor, y le prometieron que le darian sus haciendas y le casarian. Y como les respondiese que era sacerdote de Jesucristo y que habia de morir por él, le dieron de bofetones y puñadas, diciendo por escarnio: «Perro, llama ahora al arzobispo y al presidente y al Avotodo que te favorezcan.»

Cuando hubieron sacado por engaño á su madre 200 ducados que tenia escondidos, con promesas de que no la matarian, la desnudaron, y atándola con una soga á la garganta, la llevaron á la plaza; y apartándola á un cabo donde llaman el Ausar, le cortaron los piés y las manos, y luego la ahorcaron juntamente con otros dos cristianos muy jóvenes, que el uno no tenia aun 14 años. Y porque lloraba un niño viendo tan espantosa carnicería, le mataron tambien á él. Murieron en este lugar 28 cristianos y dos niños de edad tres años, ó poco mas. Los autores de estas crueldades, que Abenfarach mandaba hacer, fueron; Luis el Hardon y Mig el de Granada, juntamente con las cuadrillas de los Moupeis.

Lo que acabamos de decir está tomado de Marmon Carvajal, Historia de la rebelion de los moriscos en Granada, edicion de Madrid de 1799, tomo II, libro 4.º, capítulo X, páginas 267, 268 y 269.

Esto eran los moriscos; esto hacian los moriscos en España. Júzguese ahora si son ó no fundadas las declamaciones de los adversarios de la religion y de la Monarquía, que siempre están censurando todo lo que por bien de los pueblos han hecho los Monarcas ó han aprobado los Papas.

Digase en vista de lo espuesto, si eran ó no en efecto útiles á España los moriscos expulsados por Felipe III, y no se pierda de vista que esto no sucedia en un solo pueblo, ni en una sola ocasion, sino en muchos pueblos, en muchos países, donde quiera que habia moriscos, y en todas las ocasiones que se creian fuertes para poder realizar sus depravados designios.

DIONISIO LOPEZ.

ECONOMIAS.

El discurso puesto en labios de la Reina por el ministerio para la apertura de las Cámaras, ha sido este año poco explícito en lo que hace relacion á los intereses materiales del país. Esto es siempre un mal; pero mayor lo es todavia que los gobiernos, que con tanta frecuencia se suceden en el poder, no consagren su atención á este objeto preferente, juzgándole acaso de una importancia secundaria.

Hace mas de treinta años que el liberalismo viene escribiendo cálculos y mas cálculos sobre una gran pizarra, y por desgracia, casi nunca llega la hora de resolverlos. Así, lo que sucede ya es que el país está casado de utopias y de teorías, las cuales, si tienen el mérito de ser muy brillantes, rara vez alcanzan el privilegio de traducirse en hechos prácticos y beneficiosos.

Todos los gobiernos que se han sucedido en la gestion de los negocios públicos de treinta años á esta parte han hecho solemnes y formales promesas de fomentar en grande escala los intereses materiales de la nacion.

Las reformas económicas, la simplificacion del sistema administrativo, las mejoras de los servicios públicos, son cosas que se han prometido ya mas de un centenar de veces, y que, sin embargo, no se han realizado todavia. Por esto claman los contribuyentes, y con ellos todos los hombres que desean sinceramente el bienestar moral y material de los pueblos, porque llegue el momento en que, haciéndose mas economía de palabras y de promesas, ofrezcan los gobiernos resultados mas positivos en la administracion del país, estableciendo leyes sábias y protectoras, que desmenuen los empobrecidos gérmenes de la riqueza pública, y ensanchen los manantiales de la producción, desembarazándola del peso exorbitante de los impuestos.

«Esto no puede continuar así. En 1841 decía Garnier Pagés á la Cámara francesa: «Hace diez años que el lenguaje de las cifras es entre nosotros el lenguaje de la mentira.» Otro tanto pudiera decirse con referencia á España. Mucha pompa, mucho lujo, mucha redundancia en los proyectos y teorías económicas, y en

la práctica negaciones redondas. Un hacendista notable, el Sr. Bravo Murillo, ha anunciado para el año de 1870 un embarazo económico en España, y si Dios no hace un milagro, será imposible de todo punto que no se cumpla su prediccion.

Aquí no satisfacen ya los conatos de economías que intentan con demasiada frecuencia todos los gobiernos: aquí es preciso hacer mas, mucho mas. Desde hace mucho tiempo venimos observando en la Hacienda un fenómeno desagradable; y consiste en que todos los gobiernos se forjan la ilusion de fomentar las rentas públicas aumentando las ruedas de la administracion. Es un error profundo. Cuanta mas sencillez, cuanto mas simplificacion en la máquina administrativa, mejor ha de funcionar. Hasta ahora, todas las reformas económicas que se han ensayado han quedado reducidas á rebajar por una parte la cifra del presupuesto y á aumentarla por otra. Sumados los guarismos, despues de las operaciones de rectificacion, ofrecen siempre el mismo resultado. Los pueblos lo conocen y deploran esta verdad amarga.

El sistema tributario, tal y como hoy se halla establecido, es un mal. Los impuestos, lejos de ir en disminucion ó de estacionarse en un término prudente, van en aumento, á la vez que crecen nuestras deudas. ¿Adónde iremos á parar, si esto no se remedia?

Sucede á las naciones lo que á los individuos; el que gasta mas de lo que tiene, el que no nivela sus gastos con sus ingresos, y vive con lujo, y derrocha, y no se para en barras, naturalmente tiene que concluir á manos de la bancarrota. ¡Y qué expiacion tan horrorosa es la que viene detrás! La mayor parte de las grandes catástrofes humanas y sociales suelen derivarse siempre de hechos y sucesos análogos.

Los declamadores de gárrula dicen: «Eso sucede, porque los servicios públicos son hoy mejores que en otra época.» ¡Aberracion suprema! ¿En dónde está esa mejora? La verdad es que los beneficios de la administracion moderna, si en realidad puede producir algunos, son tan pequeños, tan parciales, que apenas alcanzan mas que á algún que otro centro numeroso de poblacion. Las localidades de segundo y tercer órden siguen devorando en silencio la amargura de su miseria y de sus necesidades, sin que llegue nunca el específico que ha de ponerlas en estado próspero y floreciente.

Mientras no se reduzcan los impuestos á un término prudente; mientras no se limite á un término justo el imperio de la burocracia; mientras no haya nivelacion perfecta de ingresos y gastos; mientras no se enjunque el déficit de la Hacienda y se haga una rebaja considerable en los gastos indiscutibles, y se organice el saldo de la deuda extranjera, y se reforme la administracion de las colonias, que vienen siendo un gravamen enorme para el Estado desde que se han convertido sus destinos en granjería de los hombres políticos; es imposible de todo punto que los intereses materiales del país se desenvuelvan en la escala conveniente para que los pueblos alcancen el bienestar y la prosperidad á que son acreedores.

P. DE ALVARADO.

La sesion celebrada en el Congreso el sábado no ofreció nada de particular, por lo cual bastarán pocas palabras para hacer su reseña.

Despues de aprobada el acta anterior, y leídas que fueron las listas de señores diputados que son empleados, el Sr. Cardenal dirigió una pregunta al gobierno, con objeto de hacer ver al ministro de la Gobernacion la parcialidad con que el fiscal de imprenta ejerce sus funciones, permitiendo á los diarios ministeriales que ataquen á los de oposicion, prohibiendo á estos que puedan defenderse.

A continuacion usó de la palabra el Sr. Perez de Molina, para suplicar al señor presidente que constase en el Diario y Extracto de la Sesion, un documento que se ha publicado en el Boletín extraordinario de la provincia de Huelva, relativo á los sucesos últimamente ocurridos, y de que se hará cargo este señor diputado cuando llegue el dia de esplanar la interpelacion que sobre este asunto tiene anunciada.

Los Sres. Mendez Vigo, Moyano y Reina dijeron algunas palabras relativas á las últimas ocurrencias de Valladolid; y algunos otros diputados hicieron varias preguntas.

Por último, el Sr. Casaval presentó una proposicion sobre órden público, y en seguida se levantó la sesion, despues de leerse algunas enmiendas al proyecto de contestacion al discurso de la Corona.

El Sr. Silvela, director general de instruccion pública, debe ser hombre muy activo. Hace pocos dias que dirigió una circular á los rectores de las Universidades, haciéndoles encargos que no pueden despacharse en trescientos años. Ahora, como si la tarea no fuese ya hasta incompatible, dirige otra circular á los propios rectores, exhortándoles á que ocupen todo el personal alto y bajo de la primera enseñanza en asuntos de oposiciones, etc., etc.

Copiamos algunos párrafos de esta circular: «Debiendo inaugurarse la Exposicion en 1.º de Abril del espuesto año de 1867, hay tiempo bastante para preparar los objetos que hayan de esponsarse; mas conviene formar juicio desde luego de los espositores que puedan concurrir, y estimular á los

autores ó inventores para que la nacion española esté dignamente representada.

Con este fin, la direccion general recomienda á V. S. eficazmente, que dando toda la publicidad posible á esta circular, y escitando el celo de las juntas de instruccion pública; de los inspectores de primera enseñanza, de los directores y directoras de escuela normal y de los que se ocupen en el comercio de artículos para las escuelas de todas clases, procure reunir y remitir una relacion de los objetos que de todas las provincias de su distrito merezcan presentarse al certamen, y de la persona dispuesta á producirlos.

La relacion deberá comprender: Planos y proyectos de edificios-escuela, Modelos y diseños de mesas, bancos y cuadros, y otros enseres de los mismos.

Cuadros de la distribucion del tiempo y el trabajo de los alumnos, y registros y demás objetos para la disciplina.

Planos de enseñanza y reglamentos particulares. Libros, cuadros sinópticos, carteles, colecciones de estampas, objetos y aparatos para todas las enseñanzas.

Tratados generales y particulares de pedagogía y métodos.

Publicaciones periódicas de primera enseñanza y de educacion popular en general.

Cuadernos de escritura, de aritmética y de redaccion, de dibujo de las diferentes escuelas y de labores de las mujeres.

Por fin, todo lo que conduzca á la educacion física, intelectual y moral de la masa general del pueblo, y á propagar y difundir los elementos del saber y de todas las industrias.

En vista de las relaciones que V. S. remita de los ofrecimientos que se hagan y de todos los datos que puedan reunir, esta direccion general, en ocasion oportuna, indicará las reglas que hayan de seguirse para la recepcion y eleccion de los objetos mas notables, y su entrega á la comision ó comisiones que se ocupen en remitirlos á Francia.

Nos parece útil la lectura del siguiente párrafo de El Reino, diario ministerial. Aunque no aprobamos lo que dice, se nos figura que no es imposible el traslucir lo que quiere:

«Es una cosa singular y digna de atencion lo que sucede con la prensa.

«Ninguna institucion, ningun principio, ningun poder tan adulado como el suyo cuando defiende la libertad, ó hace un servicio á la patria, ó combate con energía las soluciones políticas de un gobierno reaccionario; ninguno tan calumniado, tan escarnecido como el mismo poder y la misma institucion, si por acaso deja de favorecer las tendencias de ciertas parcialidades, ó no cierta á reprimir y contener las ambiciones y cálculos de los que siempre están dispuestos á levantar bandera contra el poder constituido, cualquiera que este sea.

«La prensa tiene dias faustos y nefastos: en los primeros, no hay para ella mas que elogios y adhesiones; en los segundos, censuras y calumnias. De esta errada opinion participan y hacen gala muchas personas de ideas liberales, que inculpan á la prensa de todos los males que en el estado político suceden. ¿Qué culpa tiene la prensa de que algunos, que no leen un periódico, ni apenas saben leerle, comprometan la tranquilidad pública, ó amenacen el porvenir de las instituciones, ó hallen, quizá, aplauso en las columnas de ciertos diarios para sus estravagancias y delirios?»

Dice un periódico:

«Hábase de que dos catalanes, uno de ellos distinguido marino, han presentado al señor ministro de Marina un invento para acorazar y blindar los buques con muy poco coste y en un plazo de muy pocos dias, haciendo al mismo tiempo á los buques mucho mas veleros que antes de ser blindados.»

La invencion es buena. Para destruir progresámos mucho.

Dice La Correspondencia:

«Es cosa acordada, segun el corresponsal de El Lloyd, el desestanco del tabaco, y probablemente el de la sal, si bien este presenta la dificultad de que, al paso de que habrá provincias que tengan este artículo casi de balde, otras le pagarán á un precio mucho mas subido que en la actualidad.»

Hé aquí dos noticias que no se confirmarán. Bien puede asegurarse. La dificultad de que mientras unas provincias tendrán sal ó muy bajo precio, otras la tendrán á precio mas elevado, nos parece bastante fútil. Que baje el precio en unas partes, y ya se entenderá la baja á todas.

Vaya otro párrafo:

«El Diario Español espera que el Sr. Moyano, contra lo que supone La Epoca, no sostendrá en el Congreso las exigencias de economías extraordinarias en los presupuestos, porque siendo el Sr. Moyano un hombre de gobierno, y conocedor de las necesidades de la administracion y del Estado, no podía exigir economías imposibles.»

«El Diario Espa nol es un periódico muy prudente. Antes pa recia algo, mas atrevido y mas reformador; pero como el tiempo lleva consigo la madurez, nada tiene de extraño que la edad vaya produciendo en nuestro colega sus naturales efectos.»

Los periódicos de Valladolid dan cuenta

del alboroto producido en aquella poblacion por varios paisanos y estudiantes, y dicen:

«El señor gobernador, que se encontraba con su familia en el teatro de Lope, apenas tuvo noticia de lo que ocurría, salió en direccion al gobierno, y vistiendo el uniforme, acompañado de algunos dependientes y guardias civiles, fué en busca del tropel, y hallándole en la plaza de la Libertad, le hizo las primeras intimaciones, con lo cual se dispersó apresuradamente, y se restableció por completo la tranquilidad.»

«El Sr. Sierra, secretario del gobierno, continuó, sin embargo, rondando algunas calles hasta hora bastante avanzada, sin encontrar novedad alguna.»

«El señor alcalde-corregidor, los tenientes de alcalde y algunos señores concejales que tuvieron noticia de lo que ocurría, acudieron asimismo al puesto donde su deber les llamaba, sin que, por fortuna, hubiese necesidad de medida ninguna extraordinaria.»

«Entre las pocas personas que se aprehendieron, y con cuyas declaraciones se comenzó en el acto á formar la correspondiente sumaria, está una que, segun parece, tenia algo ofuscada su razon, y que hirió levemente al inspector de vigilancia Sr. Ocaña.»

El rector de la universidad la dirigido por su parte la siguiente proclama á los estudiantes:

«Escolares: He sabido con profunda amargura que algunos alumnos se asociaron al grupo de proletores en su mayor parte; que se propuso turbar el órden público en la noche del 27 del corriente. Las pasiones políticas no se atrevieron jamás á invadir el santuario de la ciencia en esta antigua y respetable escuela, y vosotros, que no sois menos nobles ni menos caballeros que vuestros antecesores, no queréis turbar la marcha majestuosa del saber, ni comprometer á vuestro apasionado rector, ni á vuestros ilustres decanos y catedráticos, que representan, respecto de vosotros, las augustas funciones de padres.»

Por otra parte, seria indigno que vosotros, tan buenos y bien nacidos, y llamados á desempeñar dentro de poco tiempo las nobles funciones del profesorado, la defensa y la administracion de la justicia, y á llevar el consuelo al seno de la doliente humanidad, sirvais inocentemente de escabel á estrañas ambiciones, y á que la mano traidora que os comprometa, os señale alevosamente despues como la causa originaria é impulsiva del desórden.

Nada os digo respecto de las penas sancionadas por las leyes generales y por las particulares del ramo de Instruccion pública, ni de los funestos resultados que pudiera llegar á producir la accion de la fuerza armada, porque á jóvenes que, como vosotros, habeis recibido una educacion esmerada, basta recordaros lo que os debéis á vosotros mismos, y lo que debéis á vuestros queridos padres, que han entregado al celo y vigilancia de vuestro rector y vuestros dignos maestros la seguridad de vuestras personas y vuestra educacion científica, moral y religiosa. ¿Qué responderiamos, pues, á los autores de vuestros dias cuando nos demandasen las prendas mas queridas de su corazon, que habian abandonado el pacífico asilo de la ciencia para trasladarse allí donde no debe pisar el hombre bien nacido?

Mucho he sufrido y estoy sufriendo, queridos escolares, desde que la autoridad política de la provincia ha denunciado á la mia el estravio de algunos alumnos; pero me consuelo con la idea de que no encontrarán imitadores entre la juventud estudiosa, y que unidos íntimamente á vuestro rector y á vuestros catedráticos, reproducireis el ejemplo de sensatez y cordura que distinguió siempre á los nobles escolares de la universidad de Valladolid.

Por lo demás, tengo la íntima seguridad de que no acibarareis para siempre mi existencia, constituyéndome en el duro trance de tener que cumplir con las disposiciones de los reglamentos de Instruccion pública, y en el mas terrible todavia de presentiar las penas que en su caso pudieran decretar contra vosotros los tribunales de justicia.

Así lo espera de vuestra esmerada educacion y de vuestra ilustrada sensatez y cordura vuestro afectuoso rector, Atanasio Perez Cantalapiedra. Valladolid 28 de Enero de 1866.»

El viernes empezaron de nuevo á ver la luz pública los periódicos liberales, despues de una interrupcion de algunos dias.

El viernes, 2, á las siete de la noche, fondó en el puerto de Cádiz el vapor-correo de la Habana.

Segun La Correspondencia, los diputados progresistas que hay en el Congreso, y á quienes sus correligionarios han considerado como fuera de su comunion política, no se creen por este fuera del deber de defender á sus antiguos amigos, y de trabajar por la reorganizacion de su partido, proponiéndose, á lo que se dice, interpelar al gobierno sobre los últimos sucesos, en el momento en que no se crean peligrosos estos debates.

Resulta de los documentos diplomáticos que ha presentado el gobierno francés, á las Cortes, que el de Inglaterra le dirigió con fecha 16 de Noviembre un despacho, á fin de gestionar de comun acuerdo en la cuestion hispano-chilena. El gabinete francés contestó favorablemente, y el 11 de Diciembre envió un despacho Mr. Mercier, su representante en Madrid, á M. Drouyn de Lhuiss, anunciándole

que el gobierno español aceptaba los buenos oficios de Francia y de la Gran-Bretaña en la cuestion con Chile, y daba asentimiento al memorandum presentado por las dos grandes potencias.

Mr. Drouyn de Lhuys dirigió el 14 de Diciembre un despacho al cónsul general de Francia en Santiago, dándole cuenta de estos hechos, y previniéndole que procurase la adhesión del gobierno chileno. El 19 del mismo mes envió otro despacho Mr. Drouyn de Lhuys al embajador francés en Madrid para ponerle al corriente de la situación. En este despacho anunciaba que le habían sido comunicadas las instrucciones enviadas al general Pareja por el gobierno español, y las encontraba muy conciliadoras. En este estado se encontraba la cuestion cuando el apresamiento de la Covadonga y la actitud del gobierno peruano le ha hecho tomar una nueva faz.

ESTRANJERO.

El general Prim ha llegado a Lisboa acompañado de varios de los oficiales del ejército y hombres políticos que han abrazado su desdichada causa. Los progresistas y demócratas de Portugal están haciendo, con este motivo, demostraciones ridiculas, que recuerdan la fábula del lusitano finchao que poia usá que charenta casteaos. Y el infeliz ofrecía perdonar la vida al castellano que le tenía tendido en el suelo, con la mano en el cuello y la daga sobre el corazón! Las halaracas de unos cuantos demagogos lusitanos nos tienen sin cuidado ninguno. Casi, casi, pudiéramos alegrarnos de que se nos quisiera irritar por banderías tan impotentes como llenas de fatuo orgullo.

El coronel Campos, jefe del batallón sublevado en Avila, se evadió del punto en que tenía señalada su residencia, y se dirigió a Lisboa para unirse al general Prim, alojándose en una gran fonda. Esto nos disgusta poco, y en verdad nos parece asunto de escasa importancia. Si nos hallásemos en el caso del gobierno, no nos daríamos siquiera por entendidos ante el gobierno lusitano.

Esto no obstante, la evasión del coronel Campos ha dado margen a un acalorado debate en las Cámaras portuguesas. Las autoridades de Lisboa, al saber que Campos se había evadido sin que ellos lo supieran por supuesto, trataron primero de buscarle en el camino, y no lo encontraron. Qué casualidad! Como iba Lacia Lisboa, y como vivimos en tiempos de telégrafos, la policía portuguesa lo buscaba en el camino de Madrid. Es lo mismo que salir a esperar por la puerta de Atocha a un amigo que se dirige a Madrid por la puerta de la calle Ancha de San Bernardo. No hay modo más eficaz para no hallar lo que se busca, que buscarlo por caminos contrarios al que trae. No hacemos notar esto, ni por su importancia, que es ridícula, sino por dar a conocer los hechos.

Estando ya en Lisboa el coronel Campos, se le mandó que saliese para Sevilla. Como la orden se dió con toda la solemnidad posible, y se ejecutaria con extraordinaria pompa bélica, todo fué conocido al instante por el público. El pueblo calla y mira la cosa con indiferencia, tres ó cuatro lógicos se agitan, unos cuantos periodistas chillan, un diputado declara, el ministerio se fincha y da esplicaciones hábiles, es decir, estupidas, y pronuncia unas cuantas palabras sonoras y retumbantes, tan

vanas por su carencia absoluta de significacion, como aptas para excitar la risa por la gravedad y reserva y diplomático aparato con que fueron pronunciadas. Cualquiera diria que se trataba del incendio de Troya. ¡Y no habia mas que el ruido del Parto de los montes!

Nosotros, al leer esta discusion en la Gaceta de Lisboa, no hemos podido menos de recordar lo acontecido a un cazador inglés, que á lo que parece, debia ser algo escaso de vista. Atravesaba dicho cazador en cierta mañana de primavera un frondoso valle, como de Andalucía. Como siempre, habia vivido en países frios, no conocia el canto tan melodioso, á la vez que tan sonoro, del ruiseñor. De repente, al pasar por debajo de un árbol, se detiene y exclama: ¿Qué es lo que oigo? ¿Qué ave es la que canta? ¿Qué garganta tan poderosa! ¿Qué grande, dice, debe ser ese animal! ¡Cuán hermosas serán sus plumas! Y sin mas ni mas, solo por curiosidad, solo por tener el placer de contemplar la forma exterior del pájaro que tanto deleitaba sus oidos, disparó contra él su carabina y lo derribó al suelo. Se acerca á él, lo toma en sus manos, lo examina con detenimiento, y al ver un ave tan pequeña, tan débil, de tan fea pluma ó innoble figura, como sorprendido, dice: ¡Totum vox, et nihil praterea! O como decimos en español: «Mucho ruido, y nada de nueces!»

Pues aplíquese el cuento. Nosotros lo repetimos: lo mejor que puede suceder á España, es que los revolucionarios comiencen á declararse portugueses.

El Rey de Portugal se muestra indiferente en esta cuestion. Esto no nos parece mal para el reino lusitano.

El gobierno de Lisboa aparenta mucha y muy ostentosa formalidad diplomática. Y hace bien. No hay cosa como meditar mucho, cuando la meditacion es superflua, para probar que no se meditará nada, cuando la meditacion sea indispensable. La gravedad es temporal y se conoce con el nombre de fatuidad.

En fin, por pasar revista á todo, diremos que hasta hoy en Portugal periódicos tan fuchados, tan espantosamente finchados, que nos están ya perdonando la vida, como el sapo de la fábula, que despues de aumentar con viento su volumen, se atravesó en un camino para derribar una pesadísima carreta, que con sus ruedas habia de convertirlo en tortilla.

Pero dejemos esto hoy.

Se sigue hablando de buques armados en corsé por cuenta del gobierno chileno. Estos buques se proponen á atacar á nuestra marina mercante, para hacer daño á España, perjudicando á nuestro comercio. Ya sabemos que el gobierno procurará seguir la pista á estos corsarios, y apoderarse de ellos, ó echarlos á pique; pero como lo que abunda no daña, no sería inútil el dar tambien patente de corso á nuestros buques mercantes, para que, volviendo la oración por pasiva, diesen una oportuna leccion á chilenos y peruanos. Unos y otros lo tienen bien merecido.

Como se dice que los buques corsarios que surcan en los mares de Europa pertenecen á los Estados Unidos, debemos decir, porque nos consta que es cierto, que el gobierno de Washington considera dichos buques como piratas, y los busca para echarlos á pique, y ahogar á sus capitanes. En efecto, dichos buques pertenecieron antes, á los rebeldes de

Sur, y ahora vagan por todas partes, sin dueño, sin patria, en la vida de aventureros, buscando ocasiones de hacer la guerra á muchos, á favor del primero ó el último que los pague, pero que continúan ejercitándose en la piratería.

Nosotros hemos oido antes, y continuamos siéndolo ahora, enemigos de la rebelion del Sur. Creíamos, y creemos, que todo gobierno legítimo debe ser siempre enemigo irreconciliable de toda sedicion. Por esto, nosotros que combatimos la revolucion en Italia, las combatiómos del propio modo en América. Por esto, nosotros que aconsejamos union con Austria contra el Piemonte, aconsejamos tambien union con los Estados Unidos contra los rebeldes del Sur. No nos hace la política de habilidad, y nos parece hasta insostenible la de los culpables equilibrios.

La causa de que en la América del Sur estén soliviantados los espiritus contra España, depende de que no pocos americanos, juzgando segun las apariencias, han llegado á persuadirse de que España se propone secundar á Francia en sus planes sobre Méjico y sobre las demás repúblicas del nuevo continente. Esta creencia es falsa, pero conviene demostrar que lo es, lo cual se lograria muy fácilmente si la prensa ministerial, lejos de atacar á Inglaterra, se ocupara en no alabar á Francia ni mostrar inclinaciones hacia la política francesa. Lo contrario es lo mismo que amontonar dificultades, sin necesidad en lo presente y sin esperanza de buenos resultados para lo porvenir.

La cuestion diplomática no es, ni puede ser, cuestion de política interior. Seamos lo que seamos en España, fuera de España no podemos ser mas ni menos que españoles. Así como en Europa necesitamos la amistad de Austria; en Asia, á causa de Filipinas, nos es conveniente la amistad de Rusia; y en América, con motivo de nuestras Antillas, nos es indispensable el cultivar algo mas que buenas relaciones con el gobierno de Washington. La diplomacia no se funda en simpatías ni en habilidades, sino en identidad de intereses. Que no se olvide, por Dios, esto!

Ahora nos hallamos en guerra con Chile. La Política, periódico ministerial, publica un violento artículo contra Inglaterra. Hacia el propio tiempo de elogios para la política de Napoleón III. Esto nos parece muy inconveniente. No se pierda de vista que á las Antillas neomoras tener su aliado europeo con América, y que á estas últimas harán todo lo posible por halagarnos, para hacernos entrar en sus planes. Quanto mas nos halague la política napoleónica, tanto mas nos odian y nos aborrecerá la política británica. Estas luchas y estas otras cosas inseparables poco importaría á la Gran-Bretaña nuestra guerra contra Chile, sino viese en ella un auxilio indirecto á la influencia francesa.

Ahora se han publicado documentos importantes, en los cuales se ven con total claridad dos cosas muy importantes, á saber:

- 1. Que los Estados Unidos están resueltos á no reconocer el imperio mejicano; á hacer salir las tropas francesas de Méjico; y á darnos una nueva solución á la cuestion mejicana.
- 2. Que el gobierno francés no quiere romper por con los Estados Unidos; que á todas las seguridades posibles al gobierno de Washington; que, en fin, á pesar de sus esplicaciones y sus seguridades, indica que no puede ó no debe retirar sus tropas de Méjico.

Esto indica que los gobiernos americano y francés se hallan en abierta oposicion.

Pudiera ser que todo terminara con un arreglo amistoso; pero lo dudamos. Lo natural es que Francia se vea en la necesidad de retirarse de Méjico sin gloria, lo cual parece difícil, ó lanzarse á una guerra lejana, costosa y muy llena de peligros, lo cual se nos figura poco menos que imposible.

En esta suposicion, si Francia hace la guerra, querrá auxiliares, y nosotros no debemos ni podemos prestarle nuestro apoyo. Recuerdese lo ocurrido en el siglo pasado. Nosotros convertimos en auxiliares de Francia contra Inglaterra en los Estados Unidos, y esto nos ocasionó la pérdida de América.

En el segundo caso, es decir, si Francia se retira de Méjico, materialmente pierde poco, porque poquísimo tiene que perder en aquel continente; pero España no se halla en igual caso. España es medio europea y americana, y si ha menester de amigos en Europa, tambien necesita alianzas en América. Si hoy nos inclinamos á Francia en sus desavenencias con los Estados Unidos, mañana se hará la paz entre los Estados Unidos y Francia, y comenzarán las hostilidades entre los Estados Unidos y nosotros. No se pierda de vista que la amistad de Francia no es garantía infalible. Austria fué auxiliar de Francia en la cuestion de Crimea, y esto no impidió que Francia se aliase con el Piemonte para arrojar á Austria de Italia. Rusia favoreció la política francesa en 1859; y sin embargo, la política francesa ha sido y es antimoscovita en la cuestion de Polonia. Sentamos estos hechos, y solo para demostrar que la política que no se funda en la justicia y el sentido común es una pernicioso política.

GACETILLAS.

Demóstenes, el gran orador de Grecia, se parece al cisco en que, con sus magníficos acentos, auguraba la ruina de su patria. Ciceron, el mas elocuente entre todos los oradores romanos, fué tambien uno de los últimos testigos de las glorias de Roma. La república de Atenas murió en los dias del gran orador Demóstenes; y la república de Roma, en los tiempos del gran orador Ciceron. ¡Eunostos han sido por cierto, los oradores para las repúblicas!

Demóstenes era un muy cobarde, y muy falso. Cuando huía, se le seguía, que habia las verbas corrian en su persecucion. En cambio, cuando habia que buscar dinero, solia no ser fiel ni aun á su patria. En una ocasion, se sabe que defendió una causa estranjera en el foro, movido por presentes de gran valia que se descubrieron en el Pirineo. Ciceron murió á mano de los soldados de su enemigo Antonio. La mujer de Antonio, llevando su propia venganza mas allá de la muerte, traspasó la lengua de Ciceron, ya cadáver, con una aguja de oro.

CULTOS RELIGIOSOS.

SANTO DE MAÑANA. Santa Dorotea, virgen y mártir. Editor responsable, D. José Lopez SAA. MADRID, 1868. IMPRENTA DE E. ANSART, calle de Santa Brígida, núm. 11.

FOLLETIN.

MOROS Y CRISTIANOS.

CRÓNICA DE LA CONQUISTA DE GRANADA.

Tenia el marqués de Cádiz posesiones muy dilatadas en las partes mas fértiles de la Andalucía; y puesto á la cabeza de sus deudos y vasallos, podia salir al campo con un ejército. Apenas recibió las órdenes del Rey, cuando ya andaba en deseos de hacer una entrada repentina en el reino de Granada, para señalar los principios de la guerra con una accion brillante y consolar á los Soberanos por el insulto recibido en la toma de Zahara. Como sus Estados confinaban con el territorio de los moros, que solian hacer en aquellos frecuentes correrías, tenia siempre á su servicio muchos adalides y espías, de los cuales algunos eran moros fugitivos. Despachó á estos en todas direcciones para que observasen los movimientos del enemigo, y le trajesen noticias importantes á la seguridad de la frontera. Estando en su pueblo de Marchena, se le presentó uno de sus espías, dándole aviso de que la villa de Alhama, que era de los moros, se hallaba con una guarnicion muy escasa, y tan mal guardada, que seria fácil tomarla por asalto.

Era Alhama una plaza bastante grande, de mucha poblacion, y rica, que distaba pocas leguas de Granada: tenia su asiento en una altura entre peñascos, y rodeábalacasi enteramente un rio, al paso que la defendia una fortaleza, á que no se podia subir sino por un camino muy fragoso y escarpado. Por ser tan fuerte el sitio, y en el centro del reino, vivian sus moradores sin el recelo de ser acometidos, dando así lugar á la empresa que contra ellos se dispuso.

Para cerciorarse del estado de la fortaleza, envió el marqués á reconocerla un soldado veterano, de quien tenia la mayor confianza, que se llamaba Ortega de Prado, hombre arrestado, de sutil ingenio,

muy activo, y capitán de escaladores. Llegó Ortega á Alhama una noche oscura, y con silencio y precaucion fué recorriendo sus muros, aplicando de cuando en cuando el oido al suelo ó á la muralla. Pudo sentir ya el paso mesurado del centinela, ó ya la voz de la patrulla, que daba á aquél la contraseña; conocia que en la plaza habia vigilancia, se dirigió al castillo, y llegó trepando hasta el pie de las almenas: allí todo era silencio, y en toda la extension del baluarte ninguno centinela se veia. Hízose cargo de ciertos parajes por donde mas fácilmente podria subirse al muro con escalas; observó la hora de relevar la guardia, y habiendo tomado las demás señas que le hacian al caso, se retiró sin ser descubierto.

Ortega, vuelto á Marchena, aseguró al marqués que era muy practicable el sorprender á Alhama, esclamando los muros del castillo. Entro el marqués este negocio secretamente con don Pedro Enriquez, adelantado de Andalucía; con don Diego de Merlo, asistente de Sevilla, y con Sancho de Avila, alcaide de Carmona, los cuales prometieron ayudarle con sus gentes; y el dia señalado se reunió en Marchena con buen número de soldados y vasallos. Solamente los jefes sabian el objeto y destino de esta expedicion; pero para inflamar el espíritu de los andaluces, bastaba indicárselos que se trataba de una incursion en las tierras de los moros, sus antiguos enemigos. El secreto y la prontitud eran indispensables al buen éxito de la empresa. Partieron, pues, á toda prisa con tres mil caballos y cuatro mil infantes, y pasando por Antequera, camino poco transitado, atravesaron con algun trabajo los puertos y desfiladeros de la sierra llamada del Arracife, dejando el bagaje á las orillas del rio Yeguas. La marcha era principalmente de noche; de dia permanecian ocultos, y en su campamento no se permitia el menor ruido, ni se encendia fuego, porque no les descubriese el humo. La tarde del tercer dia volvieron á ponerse en marcha, y habiendo caminado con toda la diligencia que permitia un terreno tan fragoso, llegaron á media noche á un hondo valle, distante media legua de Alhama. Aquí fué donde manifestó el marqués á sus solda-

dos el intento que traía. Dijoles que se trataba de dar nueva gloria á la santa ley que profesaban, y de vengar con las armas el agravio recibido en Zahara, acometiendo á Alhama, pueblo rico, que ofrecia grandes despojos. Animáronse los soldados con esta exhortacion, y pidieron que al punto se les llevase al asalto. Llegaron junto á Alhama dos horas antes de amanecer, y poniéndose en emboscada, despacharon trescientos hombres escogidos é intrépidos (de los cuales muchos eran alcaldes y capitanes) para escalar los muros, y apoderarse del castillo. A la cabeza de estos valientes iba Ortega de Prado, que llevaba consigo treinta hombres con escalas. Favorecidos de la oscuridad de la noche, y guardando el mayor silencio, fueron subiendo hacia el castillo; llegaron al pie de la muralla, donde se detuvieron un instante para asegurarse de que no se les habia sentido; pero viendo que todos yacian en el mas profundo reposo, y que nadie rebullia, aplicaron las escalas y subieron á las almenas.

El primero que entró en la fortaleza fué Ortega, y á este siguió Martín Galindo, joven muy alentado y deseoso de ganar fama. Acercáronse los dos cautelosamente á la puerta de la ciudadela, y echándose sobre el centinela, le pusieron un puñal al pecho, intimidándole que les señalase el cuerpo de guardia. Obedeció el infiel, á quien despacharon enseguida para impedir que alarmase á la guarnicion. En el cuerpo de guardia empezó, no el combate, sino mas bien el degüello; pues miraron durmiendo á muchos de los soldados, y á los demás (tal fué el terror que les infundió este sobresalto) los arrollaron sin resistencia; pero á ninguno perdonaron, porque siendo en tan corto número los escaladores, no podian hacer prisioneros. En breve escuchó la alarma por la guarnicion, despertaron los moros y acudieron á las armas, cuando ya los trescientos escogidos se habian apoderado de los baluartes; mas no por eso dejaron aquellos de pelear con obstinacion, defendiendo el terreno á palmos, y regándolo con su sangre. Entró tanto, resonaban en todo el castillo el estruendo de las armas, el grito de los combatientes y los gemidos

de los moribundos. El ejército, que habia quedado en emboscada, conociendo por este alboroto que los escudos habían logrado sorprender la fortaleza, salieron de su celada, y se llegaron á las murallas con gran ruido algarazas, haciendo sonar timbales y trompetas para aumentar la confusion y el espanto de los moros. Entonces fué cuando se trabó con mas enardecimiento la pelea, pues habiendo llegado los escaladores hasta la plaza del castillo, portaban por abrir las puertas para admitir á sus compañeros. Aquisucumieron los valientes alcaldes, Nicolás de Rioja y Sancho de Avila; pero murieron honrosamente, cayendo sobre un monton de muertos. Al fin consiguió Ortega abrir un postigo que daba al campo; por donde entraron con toda su gente el marqués de Cádiz, el adelantado de Andalucía, don Diego de Merlo, y así quedó enteramente en poder de los cristianos la ciudadela.

Sucedió en esta ocasion, que estando el marqués de Cádiz discurriendo con otros caballeros por las estancias de aquella fortaleza, llegó á un aposento muy bien alhajado y superior á los demás, donde á la luz de una lámpara de plata vio una hermosísima mora, que era la mujer del alcaide, que se hallaba á la sazón ausente, habiendo ido á unas bodas en Veles-Málaga. A la vista de un guerrero cristiano quiso ella huir atemorizada, pero enredándosele los pies en la ropa de la cama, cayó á los del marqués, implorando su piedad y proteccion. El cristiano caballero, en cuyo noble pecho rebosaban los sentimientos de honor y cortesia para el sexo, alzó del suelo la bella mora, y procuró calmar sus temores; pero en el punto mismo se aumentó á aquella el susto, viendo entrar corriendo en su aposento á sus doncellas, persiguídas por los soldados españoles. Reprendió á estos el marqués por una conducta tan indigna, recordándoles que allí habian venido para hacer la guerra á los hombres, y no á mujeres indefensas; y volviéndose, á las temerosas moras, les aseguró su proteccion, y puso una guardia competente para velar sobre su seguridad.